

acuden con el mayor respeto y la más grande habilidad á la Representacion nacional, y

SUPPLICAN encarecidamente que, en el caso de que el señor ministro de Hacienda *espantando los gorriones*, presente la reforma anunciada, ó lo que parece más preferible, antes, ó lo que nos parece más preferido, nunca, de que se llegue á presentar, se dignen acordar las Córtes que el gobierno de S. M., sin perjuicio de consultar á las juntas provinciales de agricultura, industria y comercio, que son muchas, prepare además, y abra una informacion detenida, hasta la eternidad, extensa y completa como el *Diccionario de la conversacion*, para que puedan ser oidos todos los derechos é intereses á que el proyecto de reforma se refiera, para que digan los lobos si les gusta la carne de cordero, invitando con la suficiente antelacion á sus principales representantes, á los lobos, para que acudan á ilustrarlos y defenderlos, sus derechos sobre los corderos.

Madrid y Marzo 31 de 1861, de la era de Cristo, que entre otras libertades vino á establecer la libertad de los cambios.—Por el original, GENARO MORQUECHO.—Por las adiciones, R. DE CAMPOAMOR.

ARTICULO XXII.

SOBRE EL SANTONISMO.

En toda la semana no ha sido posible desencarrilar la prensa periódica del estrecho callejon sin salida, llamado cuestion de los santones.

El Occidente hizo un retrato del santón, especie de botarga político, reloj de carne, que sólo sirve para contar las horas que pasaron.

El Diario Español entendió que se llamaba santones á los viejos.

El Occidente replicó que los santones eran los egoistas.

El artículo de *El Occidente* era un estudio fisiológico del *santonismo*, ó lo que es lo mismo, una crítica de cierto modo de gobernar, mezquino, cómodo y acaparador.

El Diario Español contestó, no con un artículo fisiológico de un sistema, sino con una defensa política de ciertas y determinadas personas.

Y ahora preguntamos nosotros al segundo de nuestros colegas: ¿qué tiene que ver la *fisiología* con la *política*? Porque la malevolencia haga aplicaciones prácticas, ¿hemos de proscribir por eso los estudios *teóricos*? *El Occi-*

dente hablaba del *santonismo*, pero no de los *santones*: no es lo mismo criticar el *vicio*, que hablar mal de los *viciosos*. Lo que en Aristófanes es detestable, puede en Moliere ser sublime. Si proscribiésemos la alegoría, ¿no sería lo mismo que proscribir á Esopo y á sus inmortales sucesores?

Explanando nuestras ideas emitidas dias pasados sobre el *santonismo*, volvemos á repetirlo, el *santonismo* es una planta nacida exclusivamente en el campo progresista. Sólo en este partido es donde se forman esos estados mayores de militares que no se han batido, de oradores que saben lo que se han de callar, de sábios que no han escrito ningún libro, de periodistas que han tenido un estilo brillante, cuando ya nadie lo recuerda. En el estado mayor moderado no existen en absoluto. como en el progresista, esos advenedizos santificados, esos grandes varones caseros, esas reputaciones de corrillo, que en los asuntos de la guerra hurtan el cuerpo, en los de la tribuna escasean la palabra, en literatura prometen obras póstumas y desprecian los trabajos de la prensa como un negocio para ellos olvidado.

Los periódicos progresistas, que han armado una especie de algarada morisca, á proposito del *santonismo moderado*, sepan desde ahora para siempre, que esa familia de parietarias trepadoras pertenece única y exclusivamente al cultivo de sus jardines. Y es inútil que, aunque sin nombrarlos, nos señalen con el dedo cuáles son los originales moderados de los retratos progresistas que ha hecho *El Occidente*: no reconocemos el parecido. ¿Ni cómo se habian de parecer á hombres blancos, retratos hechos en negro?

Las *Hojas autógrafas*, con la inocencia de los niños *terribles*, no sólo ha señalado á algunas personas con el dedo, sino que las ha nombrado del modo siguiente:—«*El Occidente* ataca á los que llama *santones*, detrás de cuya denominacion todo el mundo vé á la respetable fraccion de que el Sr. Mon es una de las cabezas.»—En primer lugar,

¿á qué es sacar á plaza lo que el Sr. Rios Rosas llamaba «la intemperancia de los nombres propios?» Nosotros, al aceptar una cita tan directa, protestamos que no es nuestro ánimo entrar en el terreno de las personalidades, sino probar con uno ó más ejemplos, de los mismos que se nos aducen, que en el campo de los moderados nunca han prevalecido las semillas del *santonismo*.

¿Qué tiene que ver la figura del Sr. Mon, con el retrato del *santon* hecho por *El Occidente*? Absolutamente nada, como no se le encuentre el parecido por *antifrasis*. El señor Mon es el autor de nuestro sistema tributario, uno de los más perfectos de Europa, y tan perfecto, que ni los mismos progresistas lo han podido mejorar, lo cual ya sabemos nosotros *á priori*. Pero lo que ellos nos han probado *á posteriori*, á fuerza de querer mejorar, estropeando la obra del Sr. Mon, es que nuestro sistema tributario es tan bueno, tan bueno, que si no fuera una pedantería filosófica, diríamos que con sus deplorables experimentos nos han probado que el sistema tributario casi emana de la *naturalidad de las cosas*. Y siendo la obra eterna, ¿podria ser olvidado el autor? Segun la tesis sentada por *El Occidente*, ¿puede ningun gran reformista como el Sr. Mon llegar á ser nunca un *santon* como los que *El Occidente* describe?

Lo dicho del Sr. Mon, se puede decir tambien de su gemelo político el Sr. Pidal. ¿Podria ser *santon*, es decir, podria ser un hombre público indiferente, ó más bien arrinconable, el antiguo ministro á cuya sabiduría se deben parte de la instruccion pública, y las leyes administrativas que los progresistas han sustituido con el caos?

¿Seria acaso *santon* el Sr. Martinez de la Rosa, ese Cadmo de la libertad, que despues de fundar á Tébas, ciudad del buen gobierno por excelencia, les trajo la *escritura* á los beocios del liberalismo? ¿Tanta es la plétora científica de nuestros ingratos tebanos, que quisieran imitar á la an-

tigua raza de los beocios, pagando los beneficios impagables de su inteligente fundador con la persecucion ó con el olvido?

Podríamos arrinconar como *santon* al Sr. Alcalá Galiano? Eso sería imposible. Desde que ha desaparecido de la escena parlamentaria su digno rival el Sr. Lopez, aquel tribuno cuya benevolencia característica fué causa de una amnistía que será siempre el tipo de los perdones más amplos y más generosos de que hagan mencion los anales de las guerras civiles, en ninguna de nuestras Asambleas puede faltar la voz del Sr. Alcalá Galiano, sin que se condenen voluntariamente á ser una coleccion de aves que parezca que siempre están de muda, ora segun lo que chirrien, ora segun lo que callen. Etc., etc., etc.

No queremos alargar más la lista de los ejemplos, porque sería interminable.

Tiene razon *El Occidente*; hay ciertas espiritualidades pretéritas, que son como el dios Término, que no sirven más que para significar alguna antigua division topográfica. Nombrar un gobierno de estas mómias vivientes, sería lo mismo que constituir un aquelarre de *brujos*.

Pero *El Diario Español* ha defendido los fueros de la justicia, al dar la voz de alerta para que no se confunda con la estólida senectud, á esa vejez benemérita y prudente que suele servir de contrapeso á las ocurrencias fantástico-políticas de la juventud inexperta. Esta clase de viejos ha adquirido una propiedad moral con el ejercicio de su inteligencia, de su virtud y su saber, infinitamente más respetable, y que debe ser más respetada que la riqueza de los propietarios de los bienes territoriales. La estimacion pública es una conquista más difícil, más sagrada y más costosa que la riqueza.

En el órden intelectual no puede haber *santonismos*, es decir, no pueden existir reputaciones usurpadas. A nada se puede aplicar con más exactitud que á las conquistas

de la estimacion pública, la prueba del sér de Descartes: —«¿Existen? luego son.»—

Y es inútil negar la evidencia. Cuando la opinion se preocupa por un nombre, más ó ménos significativo, más ó ménos anticuado, ese no es un *santon*, ese no es un egoísta sin mérito, esa es una personalidad eternamente jóven, que, entrando en los dominios de la historia, es por lo ménos uno de esos anillos de la cadena por medio de la cual se conserva en los partidos la tradicion de las ideas. El dilema de Descartes no tiene réplica: —«¿Son? luego existen.»—

Hagamos por un momento abstraccion de nuestras eminencias políticas, y resultará que, despues de hacerlas brillar por su *ausencia*, al mirar á nuestros partidos políticos, sentiremos un vahido penoso, igual al que se sufre cuando uno se asoma á la entrada de un abismo.

El parricidio debe ser el más horroroso de los crímenes.

Prescindir de nuestras viejas notabilidades como si fuesen unos doceañistas de la conservacion, lo mismo que si se les considerase como unos fósiles antediluvianos, sería ser tan ignorantes como los niños nacidos á media noche, y que al ver salir el sol, lo creyeran acabado de nacer en aquel momento; sería el asesinato de nuestro pasado intelectual, romper las tradiciones que nos honran, renunciar á la ejecutoria de nuestra nobleza política, separar de nuestros ojos los ejemplos de la perseverancia que anima, del saber que admira, de la virtud que excita la admiracion y el estímulo; sería una devastacion moral, la proclamacion de la más sacrílega de las insurrecciones, la de los hijos contra los padres; sería, en una palabra, poner en práctica el más monstruoso de los socialismos, que es suponer la igualdad, no de las fortunas, sino de las inteligencias; sería abrir la puerta al más feroz comunismo, que despues de causar el despojo de la tierra, sube á devastar el patrimonio del cielo, pues patrimonio son, más bien divino que humano, las conquistas de la inteligencia que ilustra, de la

honradez que edifica, del corazón que alienta, y todas esas grandes cualidades que se van desarrollando, más bien que en los primeros, en los últimos términos de la vida, y que acaban por ser el espejo de la juventud, el entusiasmo de la historia, y el orgullo y la admiración de la patria.

¡Reclutas del ejército del orden! ¡Abrid filas y saludad con respeto! Ese veterano que pasa por ante nosotros, es una de las glorias de nuestros Bailables políticos. Ese otro sexagenario que miráis ya inválido, es uno de los héroes de nuestros modernos Trafalgares. Los pobres ya no tienen, como nosotros, las ilusiones de la juventud; pero en cambio tienen otras ilusiones, si bien menos risueñas que las nuestras, más enérgicas, porque son únicas, las ilusiones de la virtud y las de la libertad!

¡Reclutas del ejército del orden! ¡Abrid filas y saludad con respeto!

ARTICULO XXIII.

UN FUTURO MANIFIESTO.

Las cosas que el manifiesto debe decir.

El partido progresista se halla en uno de esos momentos de expectación en que suelen hallarse los pueblos cuando esperan con ansia la noticia del nacimiento, sexo, color y demás circunstancias del heredero de algún trono que puede cambiar la dinastía y las instituciones de una gran nación. El manifiesto del duque de la Victoria es el engendro esperado, engendro que unos (los moderados) esperan que sea un producto informe, sin condiciones de viabilidad; mientras que otros (los progresistas) aguardan que el niño nazca robusto y crezca, y crezca hasta que llegue a ser un hombre de provecho: acaso el Mesías.

Pero nazca el engendro obtuso como un cretino, ó listo como el que lo ha de engendrar, nosotros nos creemos en la obligación de hacer algunas observaciones higiénico-políticas con el objeto de contribuir al feliz alumbramiento.

miento, ya de un ente tan ridículo, ya de un sér tan racional.

Hoy nos concretaremos á reseñar lo que el manifiesto del señor duque de la Victoria debe *decir*. Otro día explicaremos lo que á nuestro parecer debe *cailar*.

En primer lugar, el manifiesto debe decir con qué motivos y en qué lugares se daban y recibían aquellos abrazos frecuentes como los de una madre, y terribles como los del oso, y de los cuales diariamente nos daban cuenta los órganos del gobierno.

En segundo lugar, esperamos que el manifiesto tampoco se olvide de decirnos cómo se podía soportar la insípida humedad de aquellos innumerables besos, de cuyo sonido metálico y repulsivo también nos hacían los periódicos frecuente relación, dando grima al estómago del público.

Será una cosa deliciosa de leer, si el manifiesto nos dice, como sí nos lo debe decir, por medio de qué clase de pases magnéticos el partido progresista, ébrio de gozo por haberle caído el *premio gordo* en la lotería de las circunstancias, se olvidó «de que el tiempo es más largo que la fortuna,»—y pensando científicamente en la solución del enigma de la «Union liberal,» se tendió á la bartola á disfrutar indebidamente del premio grande de una lotería, á la cual no había echado.

También suponemos que nos dirá el cómo este mismo partido progresista, con un aire marcial, y con una sonrisa de circunstancias, efecto de la plenitud de poder, de salud y de felicidad, se volvió perezoso, egoísta y pedante, y cómo tomó aquel aire protector de señoron de aldea, capaz de exaltar la bilis, ya del temperamento sanguíneo de la extrema izquierda, ya de la aristocrática susceptibilidad del partido conservador. Porque es menester no olvidar que el ejército progresista estaba completo, con sus tácticos experimentados como los Sres. Cortina y Sancho; con sus

cañones de Lancaster como el Sr. Madoz, y con sus masas que dieron cien inútiles batallas, sin que sus modestos nombres hayan sido nunca conocidos más que en sus modestos pueblos.

El futuro manifiesto del señor duque de la Victoria será una historia que hará reír como la de D. Quijote, si está bien escrito (que no lo estará), y que por lo ménos hará dormir como una de las más lánguidas novelas del célebre novelista escocés, cuando nos pinte el cómo la dicha *material* acabó por convertir este ejército en cabildo. Cierto que al fin de los dos años, todavía se oyeron guerreros que hablaban con la mayor inocencia de cojer el hacha del presupuesto de gastos, y abrirse camino por esa selva inmensa de pinos, hayas y chopos.—«Talad, decían, talad sin miedo todas esas escrescencias fósas que no dejan que nuestro suelo pueda ser fecundado por el sol de la libertad.»—¡Inútil súplica, lectores! El soldado, hecho canónigo, acabó por temer cortarse, y como la insólita ventura suele producir un insólito egoísmo, hé aquí que los santones, esos liberales oxidados, esos patriotas vergonzantes, esos progresistas á regañadientes, impidieron que se cortase nada, que se derramase sangre, aunque el presupuesto se muriese de una plétora, conformes en un todo con las opiniones de su gran sacerdote, de su gran Brahaman. . . ¡Ah! sí, antes que se nos olvide, suplicamos al manifiesto del señor duque de la Victoria, que nos diga algo del gran Brahaman, personaje misterioso de aquel entonces, que arreglaba sus acciones cotidianas al severo ritual indiano, que sólo se ocupaba en oraciones, sacrificios, abluciones; que no comía con ningún individuo de *clase inferior*, aunque fuese el rey; no mataba *sino para los sacrificios*; que creía en la divinidad de su esencia y en la incorruptibilidad de su ser, y que, elevándose por la oración á un arrobamiento panteístico, inefable, casi bobo, esperaba la encarnación suprema, la postrera transformación, la última metempsicosis.....

Si quiere merecer los honores de la sinceridad, es menester que el futuro manifiesto del señor duque de la Victoria confiese que hay una cosa más necia que el *statu quo* conservador cobijado bajo el cañon del principio de autoridad, y es el *statu quo* progresista abandonado á la merced de los cuatro vientos.

¿Qué documento tan elocuente puede ser el futuro manifiesto del señor duque de la Victoria cuando nos cuente los pormenores de cómo, abandonado el Brahama á la ilusion de sí mismo, y el partido progresista á la ilusion de la «Union liberal,» gobernaron; es decir, desgobernaron los dos daños de los doscientos motines, llamando libertad á la licencia; progreso á la destruccion; actividad al movimiento sin objeto; elocuencia á las declamaciones inaplicables; instruccion al empirismo; al buen callar, sabiduría; á la anarquía, emancipacion, ¡y derechos á los abusos! ¡Sí, por vida nuestra! Será un documento el del futuro manifiesto del señor duque de la Victoria digno de ser legado á la posteridad, cuando abandonando las grotescas escenas de sainete, se levante hasta calzarse el coturno de la tragedia, y nos cuente con los detalles del que lo debe saber:

Cómo en dos años hubo doscientos motines:

Por qué se dejó usar siempre como única arma de debate la difamacion:

Con qué objeto se echó mano como medio de gobierno del desbarajuste administrativo, que es la inmoralidad oficial:

Para qué se hicieron las contratas, ruinosas como estímulo del crédito:

Qué razon hubo para que se llamase condenacion á la consagracion de lo peor de todo lo pasado.

¿No es verdad, lectores de nuestra alma, que el futuro manifiesto del señor duque de la Victoria será un documento que por lo sublime rayará en épico, si llega á decir (que no lo dirá) las razones públicas ó privadas por las

cuales se permitió insultar la religion de nuestros padres, único patrimonio moral de nuestros hijos?

¿Por qué los establecimientos industriales fueron saqueados como plazas de guerra conquistadas?

¿Por qué ha sido la propiedad particular asaltada?

¿Por qué fué la fortuna pública sustraída?

¿Cómo llegó á ser el asesinato *patriotificado*?

¿Y por qué, en fin, á lo último de este cuadro de devastacion desde los campos de Castilla, y por entre las crestas del Guadarrama, se empezó á asomar desgreñada la imágen de la barbárie?....